



Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá

△ ▽

△ ▽

Adela Sperati

(En el acto de la inauguración del monumento a la insigne educacionista paraguaya Adela Sperati, fundadora de la Escuela Normal).

Una de las niñas que se educaron bajo la dirección de Adela Sperati, y que hoy es esposa y madre, cumple con el deber de balbucear ante estos despojos queridos la torpe pero hondamente sentida oración de su filial gratitud. De aquel bullicioso enjambre infantil muchas no están aquí; pero estoy segura de que a través del tiempo y del espacio, todas las que aún alientan nos acompañan espiritualmente en el cariñoso homenaje que rendimos a la maestra sabia, a la maestra buena, a la que fue un poco madre cariñosa de varias generaciones de niñas.

No hace mucho, señores, al llevar por vez primera mis hijos a la misma escuela donde transcurrieron tantas [155] dulces horas de mi vida, sentí plenamente la evocación conmovedora de aquella noble figura de educacionista que tanto contribuyó a plasmar nuestras inteligencias y nuestras almas. La visión de la vieja casa es la que todo nos había de Adela, llenó de una tierna efusión mi alma. El busto de su fundadora despertó en mí la misma ternura que despierta la imagen de la madre adorada, vista ya después de definitivamente perdida, cuando la experiencia de los años nos dice cuanto debemos

a su amorosa solicitud y cuanto a sus purísimas enseñanzas. Y pasará el tiempo y aquellas bulliciosas criaturas verán emblanquecerse sus cabellos, pero el recuerdo de la maestra única florecerá eternamente en nosotras en una perenne primavera de amor y de gratitud.

Siempre he oído decir que la tarea del magisterio es la más ingrata. Sugestionada por la frecuencia de tal afirmación la he creído exacta sin detenerme a analizarla. Pero hoy, en este momento, viendo como perdura a través de los años el culto que supo inspirar una gran maestra, inclínome a pensar que acaso no sea tan ingrato el apostolado de enseñar. Parece serlo [156] cuando el educador, falto de estímulos ajenos a la satisfacción de su propia conciencia, modela en la ruda labor de todos los días la inteligencia y el espíritu de los niños, cuyas almas inquietas, de sentimientos que apenas son bosquejos, al igual de sus frágiles cuerpecitos, no sienten la penetración de la verdad ni del reconocimiento. El niño no comprende sino muy vagamente el milagro de abnegación que realiza el maestro día por día, hora por hora, al inundarle luz su espíritu y su inteligencia; pero aun así, su instinto certero le hace amar, tanto como de ello es capaz, a ese paciente artífice de su ser moral. Más tarde, cuando han pasado los años y la reflexión da a las cosas su verdadero valor, ese primer sentimiento confuso del niño se vuelve un culto fervoroso. Y este culto es el que nos ha traído aquí, y volverá a traernos otras veces para honrar la memoria de la maestra veneranda. Y por eso he dicho que no es tan ingrato como suele decirse el abnegado sacrificio de un apostolado cuyos buenos obreros viven eternamente en el corazón de los que recibieron sus beneficios.

¡Adela, la maestra buena y santa que [157] supo inspirar a todas sus alumnas un cariño imperecedero, como lo demuestra este acto que nos reúne emocionadas alrededor de sus cenizas! No olvidaré jamás la angustia infinita que me produjo su muerte. Fue la primera congoja de mi vida. El ardiente rocío de mi llanto regó la flor de mi ternura eternizándola. Y mi niñez riante y tranquila, que corría con la diáfana transparencia de un arroyuelo feliz, conoció el remanso profundo del dolor.

¡Su memoria está unida al aromado recuerdo de mi infancia va lejana; dulce y serena memoria de la que irradia una intensísima luz de bondad! Fue con sus niñas buena como una madre; fue exquisita y, tierna, fue, también sabia y prudente. Aún me parece ver su figura; aún creo oír el timbre armonioso y velado de su voz. ¡Tan vivo es el recuerdo! El ricecito negrísimo temblándole sobre la ancha frente en el calor de sus exposiciones; el ademán armonioso; la mirada tranquila, infundiendo simpatía, respeto y confianza...

Tenían sus lecciones un encanto especial que ahuyentaba el tedio de la clase. Sus ideas claras y precisas se infiltraban sin esfuerzo. Paciente e inalterable, [158] tenía el don de imponerse por la dulzura, manteniendo la disciplina en las infantiles colmenas sin recurrir a esas asperezas y rigores que si afianzan el respeto medroso amenguan el cariño.

Después de muchos esfuerzos y de paciente y larga labor en compañía de Celsa, que compartía con su hermana nuestra veneración y afecto, vio premiada su tarea cuando se recibieron las primeras maestras normales del país. ¡Con qué santo y legítimo orgullo no presentaría aquella cosecha primera! Al ver que su esfuerzo no fuera vano, que la simiente daba un fruto tan halagador, habrá sentido una embriaguez de triunfo suficiente para aliviarla de la fatiga de su mucho batallar. Y siguió con nuevos bríos y nueva fe en la tarea excelsa de iluminar las almas.

Hasta que un día, ¡día aciago para todos los que la queríamos! el gran corazón bondadoso se detuvo y el alma toda blanca, nostálgica acaso del cielo, en rápido vuelo huyó...

Su desaparición tuvo el mejor tributo, el más tierno, porque junto al dolor de los mayores que apreciaban reflexivamente su obra buena, corrió el raudal del llanto infantil desatado por el amor. Las lágrimas más puras, [159] las de la santa inocencia, el soñado rocío de las almas en flor, regaron copiosamente su tumba. Y el recuerdo bendecido y amante floreció en rosas de ternura, que cual surgidas en una primavera milagrosa no se agostarán jamás

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario